

# BIOGRAFÍA

DEL

TENIENTE CORONEL

ALFONSO ACEVEDO TEJADA.



BOGOTÁ.

IMP. DE FRANCISCO T. AMAYA, CALLE 6.<sup>a</sup> DEL NORTE N. 251.

1855.



---

# BIOGRAFIA

DEL

TENIENTE CORONEL

ALFONSO ACEVEDO TEJADA.



TARDE empezamos a pagar un tributo debido a la memoria de uno de nuestros mas útiles conciudadanos i del mas amable de nuestros amigos. El silencio guardado hasta ahora por nosotros sobre la vida, servicios i cualidades del finado ALFONSO ACEVEDO TEJADA, no ha nacido ni de olvido o ingratitud de nuestra parte, ni de falta de mérito en él. Circunstancias penosas, pero ajenas de nuestra voluntad, han producido esta indiferencia aparente, que nos era doblemente penosa al ver que sus mismos paisanos, los hijos de esta ciudad que él honró con sus virtudes, no habian escrito ni un simple recuerdo necrológico en memoria del hombre que empleó los cuatro años de su gobernacion en hacer el bien al lugar de su nacimiento. No culpamos este silencio, ni queremos calificarlo juzgando por él de la buena fé de los que se dijeron amigos de ACEVEDO hasta el dia de su partida; pero, deseosos de dar un testimonio público del afecto que profesábamos a ese interesante granadino, harémos aquí un breve bosquejo de su vida, sus cualidades i sus servicios prestados a la capital de la República, a la nacion i a toda la humanidad.



ALFONSO ACEVEDO nació en Bogotá en el año de 1809. Dotado de una imaginación fogosa, un corazón sensible i un entendimiento despejado, parecía llamado por la Providencia para desempeñar un papel brillante en la sociedad. La muerte prematura de su ilustrado, republicano i excelente padre, lo privó de la esmerada educación que habría recibido bajo su amparo. Tenía solamente ocho años cuando quedó huérfano; pero su madre, activa, vigilante, amorosa i bastante instruida para saber lo que convenia a sus hijos, trató a pesar de la pobreza a que la habían reducido los expedicionarios, de dar a su familia una educación correspondiente a su nacimiento i esperanzas. ALFONSO fué puesto por ella en un colegio; pero, su carácter altivo, independiente i lijero no le permitió gustar de una vida de sujeción, metódica, sometida a la voluntad ajena i dedicada a estudios áridos, que eran rechazados por su risueña i festiva imaginación. Se salía del colegio para recorrer los campos, i cuando sus hermanos mayores lo volvían a los estudios, cumplía con sus lecciones por evitar la vergüenza de recibir el castigo, pero no porque su atención pudiese fijarse en el estudio de la gramática latina, en los rudimentos de una filosofía mal enseñada, ni en los rezos i prácticas casi monásticas del colegio. En sus juegos de niño se conocía siempre la viveza i energía de su carácter. Era imperioso, ambicioso de gloria i amante de la ostentación, sus proyectos i deseos descubrían su propensión a la pompa i brillo en todos los casos i situaciones de la vida. Sin embargo, sobresalía su natural sensible i compasivo i se le veía pasar con facilidad de un arrebató de enojo causado por su altivez, a los mas dulces desahogos de la amistad, a los vuelos ardientes de la caridad cristiana, o la jenerosidad heroica de los antiguos castellanos. Hai hechos de la tierna infancia que nos hace presentir toda la vida de un hombre, que marcan su carácter con un sello imborrable i que muchas veces nos dan la clave de ciertos sucesos cuyas causas es imposible distinguir guiándonos por las reglas comunes. Referirémos uno que hará conocer lo que era ACEVEDO. Aun no tenía diez años cuando hallándose una noche con toda su familia oyendo leer las Aventuras de Telémaco, prorumpió en llanto al oír la relación de la muerte i funerales de Hippias. Uno de sus hermanos se rió burlándose de este exeso de sensibilidad, que le arrancaba lágrimas por una historia escrita fría i tranquilamente en el gabinete de un literato, que apenas sabría si realmente habría existido el héroe cuyo fin deploraba ALFONSO. Estas observaciones le causaron vergüenza, temió haberse mostrado poco varonil, sintió haber llorado a causa de una fábula, i convirtió su pesar en rabia contra el hermano que lo había ridiculizado. En consecuencia, cayó sobre él dándole golpes; pero era mas débil, i el otro se defendía muy bien volviéndole los puños con

vigor, por lo cual fué preciso separarlos, recibiendo ALFONSO una dura reprensión de su madre por su injusto arrebató de ira, i elogios de ella i de sus hermanos por la sensibilidad que había mostrado. Con tales alternativas i sacando poco fruto de sus forzosos estudios, pasó tres años en el colegio, al cabo de los cuales lo sacó su hermano mayor, persuadido de que a su lado haría mas progresos. Lo llevó a su casa con intención de enseñarle gramática, aritmética, jeometría e historia, a fin de darle despues una carrera conveniente. El jóven respetaba i amaba a su hermano i la dulzura de este, hacia que aprovechasen sus lecciones; pero, esto no mudaba el carácter e inclinaciones de ALFONSO. Gustaba del lujo i la galantería, leía novelas i poesías, i durante las ausencias de su hermano, que concurría a una oficina, él paseaba las calles de la ciudad, saludaba las bellas que estaban en las ventanas, lucía sus vestidos lo mejor que podía, imperaba sobre sus amigos i camaradas por su viveza, gracia i despejo, i era siempre el jefe de cuantas partidas de diversion les ocurrian. Por la noche leía sus libros favoritos, escribía memorias sobre su propia vida que eran ciertamente curiosas, puesto que, con una injenuidad infantil, refería en ellas sus gustos, sus defectos, sus ocupaciones, sus travesuras, sus proyectos, i la idea que había formado de los demas, haciendo retratos hasta de su propia familia, cuyos coloridos eran algunas veces tan verídicos como imparciales. El tiempo que daba a estos desahogos vino a ser mas que el que destinaba al estudio, i esto hizo temer que su buen natural se pervirtiese con las malas compañías que abundan siempre en las grandes poblaciones. Por este motivo su hermano, de acuerdo con su madre, resolvió dedicarlo a la profesion de las armas, que parecia mas análoga a su jénio audaz, inquieto i emprendedor. En el año de 1824 lo incorporaron al ejército en calidad de aspirante, e inmediatamente marchó para el Sur de la República. Hizo la campaña, obtuvo ascensos i fué edecan del Jeneral Flóres. En las ciudades de Quito i Guayaquil fué jeneralmente querido por sus modales amables, su viveza i las sales naturales de su espíritu. Siempre festivo, chancero, i alegre, era el primer contribuyente para los bailes, el mas activo promovedor de paseos, el asídúo cortejo de las damas, i el apasionado constante de las lecturas sentimentales que tanto agradan a la juventud. Pero, por un contraste, que es bastante comun en las personas dotadas de una grande sensibilidad, ALFONSO era inclinado a las meditaciones melancolicas, amaba la soledad, buscaba las fuertes conmociones del alma en la contemplación de la desgracia ajena que siempre procuraba aliviar; i en medio de la mas ruidosa concurrencia, llamaban su atención un niño desnudo, un viejo encorbado por los años o un pobre animal agoviado con una pesada carga. Cuando apenas era teniente i



que su triste sueldo no le alcanzaba sinó para procurarse una escasa subsistencia, vino un amigo suyo a pedirle su cuota para un baile, al tiempo mismo en que la mnjer de un zapatero le avisó que su marido estaba en la cárcel por una pequeña deuda i que un hijo pequeño se le acababa de morir. Entregó a la mujer lo que le quedaba despues de pagado su escote i sacó de su baúl la única camisa que tenia para que sirviese de mortaja al niño. No tuvo con qué mudarse; pero asistió contento al baile, porque sus impresiones eran rápidas i lo arrastraba el amor a los placeres. Sin embargo, su hermano José, que se hallaba tambien en el ejército, refrenaba esta propension ya con su ejemplo de una admirable prudencia en su corta edad, ya haciéndolo estudiar obras útiles, ya comprometiéndolo a frecuentar la sociedad de hombres respetables e ilustrados. Con esto i con los buenos principios recibidos por Acevedo en su tierna infancia, se preservó de los vicios i en medio de sus alegres pasatiempos no cometió faltas graves de que tuviera que avergonzarse. En el año de 28 rehusó con su hermano firmar la acta en que se hacia Dictador al Jeneral Bolívar, i por este hecho fueron ámbos separados del ejército i se les mandó venir a la capital a presentarse al Libertador. Desde entónces quedó el jóven ACEVEDO con licencia indefinida, i residia alternativamente con algunos individuos de su familia establecidos en el campo, haciéndose desear i querer en todas partes, por la amable jocosidad de su jenio. Entónces que no estaba distraido de sus inclinaciones por la disipacion de las grandes ciudades, se manifestaba a cada paso su buen corazon, en medio de esas travesuras juveniles a que lo arrastraba su carácter festivo i chancero. Los domingos mientras los pobres iban a misa, él entraba en las chozas mas miserables, escondia las ollas, subia a las vigas la ropa o herramientas que hallaba, ponía en las camas la leña o las piedras del fogon; pero en cambio dejaba plata sobre la piedra de moler, colgaba del techo roscas de pan, carne, sal i otros víveres, i pagaba con usura el pequeño trastorno que habia causado. Una vez visitó a una viuda mui pobre i que tenia tres hijos i le pidió de comer. Esta le dijo mui aflijida que solo tenia en su casa una panela i unos guineos verdes. Todo lo quiero, dijo él. En seguida comió panela i dió la restante a los perros i a un cerdo pequeño que habia en la casa. La mujer i los hijos miraban en silencio. ACEVEDO salió i a breve rato volvió trayendo con los criados una abundante comida para la pobre jente, panelas, pan i sal i otras varias golosinas para los niños. Estos rasgos pintan su carácter i al saberlos, no se hace estraño que en aquellos campos se deseara su presencia como una bendicion. Si él fué algunas veces duro i arrebatado cuando ejercia la autoridad, podemos asegurar que siempre fué humano, jeneroso, compasivo i sensible i que jamas

vió con indiferencia la miseria i padecimientos de sus semejantes. En el año de 1830 fué llamado al servicio; combatió en sostenimiento del Gobierno lejítimo i habiendo sucumbido este a consecuencia de la funesta derrota del Santuario, ACEVEDO fué perseguido por los Jenerales Urdaneta i Castelli que pertenecian al partido absolutista o servil que imperó durante algun tiempo. Posteriormente, escapado de las garras de los opresores, fué a Cartajena donde cooperó eficazmente a la toma de aquella plaza recibiendo un ascenso i los certificados mas honrosos i espontaneos del Jeneral Luque i otros jefes, sobre su bello i noble comportamiento. Habiendo recobrado el poder los majistrados lejítimos de la Nueva Granada, obtuvo ACEVEDO varios destinos de mas o ménos consideracion, que desempeñó siempre con honor i a satisfaccion del Gobierno i de sus inmediatos jefes. En aquella época fué que conociendo la falta que habia cometido abandonando la carrera de estudios a que su madre lo destinara, trató de remediar el mal, estudiando privadamente i concurriendo como aficionado a las lecciones que daba en el colejio del Rosario el célebre e ilustrado Dr. José María del Castillo Rada. Prendado el Jeneral Santander, ilustre i sabio Presidente de la República, de los modales, despejado talento i sobresaliente capacidad de ACEVEDO, lo nombró Ajente confidencial del Gobierno de la Nueva Granada cerca del Gobierno del Ecuador, para arreglar la delicada cuestion de límites, confiándole al efecto poderes e instrucciones de bastante importancia. Desempeñó su comision a satisfaccion del Jefe de la República sin descuidar nada de lo que pudiera dar crédito e impertancia a su Gobierno i recojiendo en aquel hermoso pais, todas las noticias sobre industria, comercio, agricultura e historia natural, que juzgó podrian ser útiles a su patria. Activo e intelijente, todo lo estudiaba i sus comunicaciones llevaron siempre el sello que imprime a lo que escribe un hombre atento, patriota i observador, que desea sacar provecho de los conocimientos ajenos en beneficio de su pais. De regreso a la Nueva Granada, continuó sirviendo en la carrera de empleado en el ramo militar, i cultivando su entendimiento con la continua lectura de las obras mas escogidas que podia conseguir, empleando en la adquisicion de buenos libros los pocos ahorros que podia hacer de su sueldo. Entónces su vida fué mas sedentaria i sosegada: amortiguóse un poco en él el gusto por las diversiones ruidosas, i escribia extractos, comentarios i anotaciones sobre lo que leía, llevando al mismo tiempo un diario de cuanto le pasaba, con el objeto, decia, de corregirse de sus defectos, i ser un censor severo de su propia conducta. En el año de 57 fué nombrado Jefe político de Bogotá i por primera vez empezó a conocerse el jenio, laboriosidad e intelijencia de ACEVEDO para los destinos civiles. Desplegó un espíritu fiscal, activo-



é imparcial; protejió la virtud; persiguió el vicio i la ociosidad; consoló, en cuanto pudo, a la humanidad doliente i propendió a la policía i aseo de la ciudad con un zelo desconocido hasta allí, en el subalterno destino que desempeñaba. El cementerio le mereció una particular proteccion i consagró tantas vijilias i cuidados a este establecimiento, que logró interesar por él a muchas personas distinguidas; i convirtió en un jardin ameno, pero silencioso i respetable, aquel campo que algunos meses antes, era potrero de las bestias de carga i corral inmundo de una piara de cerdos. Poco despues fué nombrado Gobernador de la provincia de Vélez i los habitantes de ella podrán decir cuánto hizo por su felicidad, manifestando siempre una extraordinaria capacidad para los negocios gubernativos i un ardor poco comun en hacer prosperar las rentas, perseguir a los tramposos i vagos, socorrer a los indijentes i mejorar las cárceles i los establecimientos de educacion. Entonces invadió la República el funesto contagio de las viruelas. ACEVEDO, humano, activo e infatigable agotó cuantos medios pudo imaginarse, para precaveer su provincia de la epidemia i para aliviar i socorrer a los que fuesen atacados de ella, creando hospitales i estableciendo todas las precauciones posibles con mas orden, esmero i actividad que en ningun otro punto de la República. Tal vez a los cuidados paternales de su Gobernador debió la provincia de Vélez haber sufrido tan poco, con aquel azote terrible a pesar de lo mucho que por ella transitaron las tropas apestadas. La revolucion del año de 40 lo halló a la cabeza de aquella provincia. Liberal por principios, pero amante del orden, la Constitucion i la legitimidad del Gobierno, su posicion fué tanto mas difícil i delicada, cuanto que no le era permitido permanecer neutral, ocupando un destino de importancia. Sus convicciones i sus simpatías lo unian al partido liberal; pero al convertirse este en trastornador, al tomar las armas contra el Gobierno lejítimo, al enrolar en sus filas hombres enteramente desconceptuados, al recurrir a las vías de hecho, que no pueden disculparse cuando está establecido i marcha regularmente un sistema de gobierno electivo, alternativo i responsable, i cuando no hai de parte de los mandatarios crímenes ni abusos que puedan autorizar para una reaccion a mano armada; al considerarse ACEVEDO, revestido de una majistratura de confianza, abrazó el partido ministerial sostenido por el ejemplo de otros republicanos intachables. Peleó como militar en esta ominosa guerra; fué una vez vencido, hecho prisionero, perseguido i tratado con una indignidad que podría manchar el hermoso nombre de liberal, si todos los que combatian bajo aquellas banderas hubieran pertenecido realmente a ese partido, i si los ruines opresores de los vencidos no hubieran obrado por el impulso de sus conocidas i vergonzosas pasiones. ACEVEDO se fugó al fin i volvió

a servir al Gobierno; i si los laureles del triunfo pudieran honrar en una contienda fratricida, podría haber adornado con ellos su frente; pero, pasados los primeros momentos de entusiasmo, vueltas las cosas al carril del orden, un patriota no vé sino la ruina de sus hermanos, i ACEVEDO lloró sobre las cenizas de tantos granadinos que habian parecido en ámbas filas. Los ánimos se agriaron de tal suerte en aquella época luctuosa, que por fin todo vino a embrollarse i confundirse. Los escesos, las faltas fueron comunes a los dos partidos. La multitud de aventureros que hormigean siempre en una revolucion, hicieron de suerte que nadie pudiese ya discernir los principios de los hechos; los ódios personales de las necesidades públicas; los servicios hechos a la legitimidad del Gobierno, de los apoyos prestados a miras aristocráticas i liberticidas, i los heroicos sacrificios consagrados a la causa de los principios, de los escesos vandálicos de algunos verdaderos facciosos, que cubrian de sangre i luto a la Nueva Granada. Los hombres de bien de uno i otro partido, se asombraban a veces de verse asociados a hombres de maximas i principios enteramente opuestos a los suyos, i de notar que arrastrados por el torrente de la revolucion, habian llegado a un punto en que era indispensable, que el público sacase ciertas consecuencias de las premisas establecidas por sus propios hechos. Así, ACEVEDO nombrado Gobernador del Socorro i despues de Bogota, se encontró forzosamente en la posicion mas difícil i tuvo que hallarse en oposicion con hombres que estaban identificados con él en principios liberales, pero a los cuales vijilaba o castigaba el Gobierno como trastornadores del orden, i de la marcha constitucional de la Nacion: calmóse, no obstante, poco a poco la exaltacion de los partidos; se recobró la paz; empezó a marchar con regularidad el Gobierno; se aplicó un balsamo de clemencia a las recientes heridas de la patria; cesaron las medidas de rigor, i los agentes de la nueva administracion, pudieron hacer el bien sin restricciones, escepciones ni particularidad. ACEVEDO como Gobernador de la provincia de su nacimiento, desplegó una capacidad, un zelo i una rectitud intachables. ¡Cuánto hizo por el aseo i embellecimiento de la ciudad! ¡Cuánto trabajó por la mejora de las vías de comunicacion i la comodidad de las cárceles! ¡Con qué patriótico ardor trató de arreglar los ramos de rentas que estaban bajo su autoridad, a fin de lograr mayores rendimientos, ménos fraudes i mas seguridad en su administracion! ¡Cuan jeneroso amparo dispensó a los indios, a los esclavos i a todos los débiles i oprimidos que imploraron su proteccion! Su paternal vijilancia sobre la educacion pública se recuerda con gratitud en muchos pueblos. Su activo zelo en favor de la moral no se dismintió ni un momento, i su diligencia para lograr el castigo de los culpables i el descubrimiento de los delitos, era tal, como hasta entonces no lo habia



manifestado ninguno de sus antecesores. Empleó especialmente su zelo en la persecucion de las casas de juego, rondando por sí mismo la ciudad, sorprendiendo estas infames reuniones en que muchos padres de familia sepultan su honor i su fortuna i escribiendo artículos fuertes i razonados contra este vicio vergonzoso, que es casi siempre el oríjen de la vagancia, la estafa, el robo, i los mas reprensibles extravíos. Él no se limitó a llenar con entusiasmo i empeño, los deberes de Gobernador de la provincia. En uno de los grandes apuros en que se vió el Gobierno por falta de dinero, ACEVEDO impidió un contrato ruinoso que iba a celebrarse con el Dr. Landínez; halló los medios de proporcionar al Gobierno fondos para suplir en aquella urgencia i libró a la República de una infalible pérdida que habria sufrido. Cuando se acercaba el término del contrato de salinas, ACEVEDO con laudable i patriótico interes, promovió compañías licitadoras i publicó muchos e importantes datos, que dieron al público conocimiento i luces sobre este negociado; lo cual produjo un nuevo contrato equitativo i ventajoso a los intereses nacionales, el mejor que hasta entonces se hubiese hecho i por el cual ingresó el tesoro, muchos miles de pesos que ántes eran perdidos para el Estado. Sobre estos dos hechos importantes, existen documentos oficiales irrecusables, que dan testimonio de los talentos i capacidad de ACEVEDO i que hicieron callar en aquella época a los muchos detractores que la envidia o la codicia burlada en sus esperanzas, habian suscitado al íntegro i honrado Gobernador. Caritativo i humano por carácter, trató de desmascarar a los muchos *tartufos* que vivian de las usurpaciones de obras pías, fundaciones de beneficencia, herencias de viudas i huérfanos i otros fondos, sagrados por su objeto i casi ignorados i olvidados hasta por los mismos que tenían interes en hacer cesar tan escandalosas rapiñas. ACEVEDO tenía un tino especial para descubrir esta clase de ladrones, que ordinariamente son reverenciados por el público a quien engañan con su hipocresía. El Gobernador les tomaba cuentas, i siempre que pudo restableció al despojado en sus derechos, cosa que le atrajo mil enemigos i una lluvia de injurias i calumnias por la imprenta. Lo vimos frecuentemente apuntar por la noche en su carterá, las diversas indagaciones que debia hacer al día siguiente, para salvar los caudales públicos i particulares de manos infieles; los reglamentos órdenes i decretos que debia dictar para el arreglo de los establecimientos públicos; los abusos de empleados que queria remediar; las mejoras morales i materiales, que deseaba establecer en toda la provincia, i los socorros que se proponia dar a los infelices i necesitados; i siempre por la tarde al volver a su casa, borraba lo que ya estaba hecho i casi era todo lo que habia escrito la noche anterior. Se le ha tachado de mucha severidad en su despacho, i de altanería, orgullo

i aun dureza en varias ocasiones. Pero ¿qué son estos defectos comparados con sus brillantes prendas, con su claro entendimiento i su corazón jeneroso animado de la mas activa caridad? ¿Qué son los deslizes que hieren momentáneamente a un corto número de personas, comparados con cualidades nobles i benévolas empleadas siempre, en bien de la humanidad i honor de la patria? Aquella alma fogosa se entregaba con frecuencia a un arrebató de ira causado casi siempre por la perversidad ajena; mas, con cuánta prontitud se calmaba! Con cuánta dulzura enmendaba su falta! i con qué docilidad rectificaba sus juicios, cuando sus parientes o sus amigos le hacian notar sus errores! Nosotros lo hemos visto una vez estremadamente severo con un mal ciudadano de quien se le dieron frecuentes i fatales informes. Lo hizo salir del lugar de su residencia i le negó con dureza el permiso de volver a él. El individuo le dijo que en la capital no tenía arbitrios para ganar la subsistencia i que iba a perecer de hambre. ACEVEDO no cedió; pero al salir el hombre de su casa lo envió a buscar, mandándole cuatro pesos i haciéndole decir que cada vez que tuviera necesidad, viniera a buscar en su bolsillo los medios de aliviarlo; pues si se veía en la precision de ser severo como majistrado, como hombre era compasivo i se alegraria de serle útil. Lo singular es que aquel hombre era un bribon que lo engañaba finjiendo gota, reumatismo i mil calamidades que no existian, i que se comia alegremente las limosnas arrancadas al Gobernador con tanto artificio. Informamos del fraude a ACEVEDO descubriéndole la mala fé de su protegido, i lejos de molestarse, dijo: «Yo como autoridad le he causado el mal de sacarlo de su pueblo, como particular «quiero aliviar su pobreza: i si no es cierto que está en la escasez que me ha dicho, siempre es evidente que es anciano «i que vive lejos de los suyos. Le daré, pues, una cantidad «por semana para que no tenga que pensar en el pan de cada «día.» Son infinitos los rasgos de esta naturaleza que podriamos citar en honor de nuestro finado amigo, pero omitimos esta larga relacion por no ser demasiado difusos. Durante la época de que vamos hablando, se prendó ACEVEDO de una señorita amable a quien unió su suerte en diciembre del año de 43. La circunstancia de su casamiento le hizo desplegar nuevas cualidades tan recomendables, como dignas de imitacion. Se ocupó del arreglo i órden de su casa con la mas atenta, minuciosa i esmerada vijilancia. Trató de adivinar i preveer todas las necesidades i gustos de su esposa, i en su habitacion no faltaba nada de lo útil i necesario, i todo se hallaba dispuesto con aseo i elegancia, i con la abundancia i decencia que permitian sus facultades, pues, aunque en su juventud amó el lujo, jamas fué rico para poder dar rienda suelta a esta inclinacion. Se manejó con su esposa con esquisita delicadeza i la puso en posesion de



cuanto tenía, haciéndola con un afecto casi paternal, todas las indicaciones conducentes a fin de que no le fuera embarazoso el manejo de su nueva casa, i con el objeto, de que entre ellos reinase siempre la confianza, el amor, la sinceridad i el mas completo acuerdo, como ciertamente sucedió. La eleccion de ACEVEDO fué feliz, pues, encontró en su virtuosa compañera, una amiga fiel, afectuosa i dócil, que le hacia llevaderas todas las molestias que le proporcionaba su laborioso destino. Cuando llegó el término de su período de Gobernador, presentó a su sucesor una memoria que honra altamente su capacidad, su probidad i el amor al orden, a la justicia i a la humanidad. En ella se vé que fué magistrado activo, vigilante, laborioso i honrado, i que no descuidó ninguno de los ramos que estaban bajo sus atribuciones. Su zelo por la prosperidad pública no pudo estar mejor probado; i esta memoria que nadie puede desmentir, es un monumento honroso, no solo para el Gobernador, sino para la provincia entera, en cuyos habitantes jeneralmente halló cooperacion, docilidad i obediencia a las autoridades. Podriamos hacer un análisis lógico de este documento para honor eterno de nuestro llorado amigo, pero, nos limitaremos a recordar a nuestros paisanos que ACEVEDO fué un hombre digno de su gratitud, i solamente insertaremos aquí los últimos párrafos de este escrito, que prueban su moderacion i bello carácter.

« Por lo que hace a mí (dice ACEVEDO), despues de haber dedicado mi vijilancia especial a la conservacion del orden público, he procurado proteger a los infelices contra los que los oprimen i he asegurado las propiedades de los individuos i los derechos de los negros. He vijilado sobre las rentas i los establecimientos públicos, i mi zelo por la prosperidad de la hacienda i el restablecimiento de la moral ha sido incansable. Así he creído cumplir con los deberes del destino que he servido, recompensado suficientemente con el testimonio de mi conciencia i el aprecio de los hombres honrados, i ademas, con el sueldo que he recibido del tesoro público del cual he necesitado para vivir. He sido severo para exigir la obediencia que se debe a los magistrados; pero desde hoy seré obediente como ciudadano. Dejo muchos enemigos al separarme del puesto que ocupé i no puedo concebir como un magistrado que quiera cumplir con sus deberes, dejará de hacérselos, ¡Ojalá que mis conciudadanos quieran olvidar las faltas en que mil veces habré incurrido i el que no me haya sido posible hacer todo lo que deseaba, en beneficio de la provincia! Al retirarme no conservo ninguna clase de sentimientos contra los que me han injuriado i calumniado por la prensa, ni aun contra los que me han hecho oposicion personal, porque estas eran consecuencias precisas del desempeño de un destino público, i el que acepta un destino debe servirlo con todas sus consecuen-

« cias. Doi gracias a la divina Providencia por haberme destinado a servir como ajente de una administracion benéfica, « próbida i moral, i me retiro contento con la conciencia de no haber cometido un crimen que pueda turbarme en mi retiro o « hacerme indigno de la benevolencia de mis conciudadanos. »

Al dejar la Gobernacion de la provincia, se retiró al campo; pero el nuevo Presidente lo nombró Subsecretario de Guerra i se hizo cargo de aquel destino. No pudiendo llevar en paciencia los pasos estraviados que veía dar al Jefe de la Nacion i siendo liberal por principios i enérgico por carácter, resolvió combatir por la imprenta los planes que se formaban de comprar a la España el reconocimiento de la independencia. Esta oposicion a los deseos i opiniones del Presidente de la República i sus frecuentes reyertas con el Secretario, ocasionaron su remocion del destino. Entónces ya libre de los deberes de empleado, pidió i obtuvo su licencia absoluta, para escribir con nuevo arrojo contra los abusos del Gobierno, la inconstitucionalidad de varias providencias, las miras i planes liberticidas de algunos ciudadanos i las demasías del Presidente. El periódico « Libertad i Orden » que él redactó, marca una época bien notable en la Nueva Granada. Un ciudadano pobre, removido, solo, casi proscrito, toma a su cargo la atrevida empresa de denunciar ante la Nacion los abusos de un magistrado rico, omnipotente, dueño del ejército, rodeado de parientes, aduladores i parásitos i sostenido por el numeroso partido absolutista que siempre ha entorpecido la marcha republicana de la Nueva Granada. El intrépido ACEVEDO, nada teme; descubre hechos, aglomera pruebas i habla con la frente levantada el firme lenguaje de los republicanos, porque la verdad es su norte i la justicia su guía. Sostiene la libertad, los derechos i la Constitucion de su patria, i no lo intimidan las consecuencias probables, que traerán sobre él estos rigurosos ataques. Por todas partes se encómiase su patriotismo, de todas las provincias le vienen quejas, denuncios, documentos i aplausos. Los liberales se apresuraron a felicitarlo i todo el mundo admira su audacia i se convence con sus razones. Pero, todos temen i él combate solo. Por fin se reúne el Congreso de 47, i ACEVEDO fiel a su plan i confiado en la justicia de la causa que ha abrasado, se presenta solo con sus pruebas acusando ante el respetable Cuerpo que representa a la Nacion a este Presidente temido i poderoso, pero en su concepto, culpado i digno de castigo. No entraremos aquí en el exámen de esta tremenda acusacion i del fallo de la Cámara de Representantes porque nosotros no escribimos la historia de la República sinó la de ACEVEDO, i no siendo necesaria para nada nuestra opinion, no queremos renovar amargos recuerdos sobre sucesos pasados que ya no es posible remediar. Bástanos decir que ACEVEDO llenó hasta el fin la árdua i patriótica tarea que



se habia impuesto, i que sus escritos elocuentes i enérgicos, llegarán a la posteridad como las célebres arengas de Demóstenes, sea cual fuere la opinion que se forme sobre los hombres i las cosas de esta época. El tiempo i los sucesos futuros decidirán entre Mosquera i Acevedo, i entre tanto la historia asignará a cada uno el lugar que le corresponde i dará al Congreso de 47 la gloria o vilipendio a que se haya hecho acreedor. Sea cual fuere la justicia i parcialidad del fallo pronunciado por el Cuerpo Lejislativo, ACEVEDO tendrá siempre el honor de haber sostenido con valor un combate desigual i arriesgado; de haber contenido los abusos del poder; de haber apoyado los verdaderos principios liberales i de haber procedido en todo este delicado negocio, sin desviarse un punto de lo que las leyes i la Constitucion le prescribian. La popularidad de su periódico, los elogios de que fué colmado pública i privadamente, por hombres de mérito, i la confianza con que despues lo honró la Nación, manifiestan a lo ménos, que ACEVEDO no fué condenado por la opinion pública, aunque el Presidente fuese absuelto por algunos congresistas. Volvió ACEVEDO a su campo i abandonó, sin darse por vencido, una arena en que no podía pelear con armas iguales, esperando en medio de sus pacíficas tareas campestres, el triunfo de la causa i los principios cuya defensa habia ocasionado su separacion de los destinos públicos. Sin embargo, concurrió a la Cámara provincial donde promovió cuanto juzgó útil i acertado para el bien de la provincia. En este tiempo fué que su corazon sensible recibió el golpe mas doloroso i cruel. La vittuosa madre a quien ACEVEDO amaba con una ternura de respeto, a quien ayudaba a sostener con decencia hacia largos años, i en cuya sociedad pasaba con su esposa las mas gratas horas de su vida, sufrió una larga i penosa enfermedad de que murió. ACEVEDO la acompañó con asiduidad i cariñoso esmero en sus últimos dias, consoló a sus hermanas, ayudó a su exelente hermano el Jeneral Acevedo a llenar los mas penosos deberes filiales, i por fin tuvo el triste privilegio de que exhalará en sus brazos su último suspiro esta madre tan querida, el dia 28 de enero de 1848. Se retiró entónces a su campo a llorar tan acerba pena i habria permanecido mucho tiempo allí, si su patriotismo le hubiera permitido permanecer espectador impassible, de los sucesos en que se hallaba interesada la felicidad pública. Se acercaba ya el fin de la aciaga Presidencia del Jeneral Mosquera i se hacian mil intrigas para la próxima eleccion. Un escrito suyo lanzado como un rayo al tiempo de verificarse esta, parece que contribuyó mucho para decidir la del Jeneral López para Presidente de la República. Entónces volvió ACEVEDO a la capital i prestó servicios de otro orden con motivo de los temores que se tuvieron de una invasion del cólera. El corazon humano i sensible de ACEVEDO, no podia soportar

la idea de una calamidad tan espantosa. Con su actividad acostumbrada trabajó en todos sentidos, a fin de evitar a sus conciudadanos la llegada de este nuevo azote o para hacer menos funestos sus estragos en caso de que esta no se pudiese impedir. El pueblo de Bogotá i toda la provincia, saben hasta dónde llegaron entónces, los esfuerzos de ACEVEDO i de los demas ciudadanos asociados a él, en favor del público, i con cuánta asiduidad se consagró a los diversos encargos que se le confiaron, a pesar del mal estado de su salud que se hallaba mui deteriorada. Cesaron por fin los temores de la horrible epidemia i ACEVEDO regresó a su campo con ánimo de ocuparse en restablecer su salud. Pero, le aguardaba otro pesar inmenso que estuvo casi al privarlo para siempre de la capacidad de ocuparse de los negocios públicos. La muerte prematura del Jeneral ACEVEDO, su respetable i querido hermano, su mejor i mas antiguo amigo; sumerjió su alma en un mar de dolores i le causó un desaliento i una melancolía tan profunda, que su misma esposa a quien tanto amaba apenas podia disipar. En marzo de aquel año de 1850 vino a ocupar un lugar en el Congreso. Algunos de sus compañeros queriendo hacer justicia a tan distinguido ciudadano, pidieron su reinscripcion en el ejército, i el Congreso la resolvió volviendo ACEVEDO a obtener el mismo empleo de Teniente coronel, que tenia cuando el Jeneral Mosquera le dió su licencia absoluta. Difícil es dar una idea de lo mucho que trabajó en aquel cuerpo. Escribia dia i noche con una aplicacion infatigable i tenia frecuentes reuniones con los Senadores i Representantes mas distinguidos por su saber, experiencia i liberalismo. Con ellos consultaba sus trabajos i presentaba proyectos filantrópicos, juiciosos i altamente útiles, sosteniendo siempre los derechos de todas las clases débiles i desvalidas de la sociedad, patrocinando con ardor la libertad de los esclavos, i promoviendo con tino i constancia, cuanto juzgaba ventajoso para la mayoría de la Nación i útil a la causa de la libertad i a los progresos de la moral i la justicia, sin admitir, no obstante los exajerados i desorganizadores sistemas recién venidos de Francia i acojidos con un entusiasmo indiscreto, por una juventud imprevisiva i alucinada. No queremos decir con esto que ACEVEDO no pudiera equivocarse i que el camino que él seguia, sea precisamente el acertado i necesario. Pudo como hombre errar mil veces; pero, siempre fué impulsado por su amor a la justicia i a la libertad. Sus últimos esfuerzos en favor de los esclavos, sosteniendo, apoyando i esplayando las razones de los filantrópicos granadinos que con él defendieron la santa causa de la humanidad; estos esfuerzos coronados al fin con tan pleno suceso, descubren su alma jenerosa i su corazon sensible i bueno, al propio tiempo que sus sentimientos republicanos i liberales. Las



clases oprimidas de la sociedad le deben un tributo inmenso de gratitud i su nombre, olvidado hasta ahora entre sus conciudadanos, resonará algun día con el honor que le es debido, en el cántico de gloria que la humanidad reconocida entonará en loor de sus especiales benefactores. Las jeneraciones futuras procedentes de esta raza envilecida, que ACEVEDO contribuyó tan eficazmente a emancipar, bendecirán algun día con ternura la mano que ayudó a romper sus cadenas. Sí, ¡sombra respetable i querida! algun día las bendiciones de centenares de hombres libres, cubrirán tu nombre i honrarán tu memoria. Los descendientes de centenares de honrados libertos, que tú con tanto zelo contribuiste a restituir al goze de sus derechos, esclamarán alguna vez con entusiasmo: *Nuestros abuelos fueron aherrojados i vendidos como bestias de carga i animales feroces, i tú ayudaste eficazmente a romper sus cadenas elevándolos al rango de hombres libres, a la dignidad de ciudadanos, al título de hermanos que Dios les dió. Por tí i tus ilustres compañeros, somos iguales a los que fueron nuestros amos i en adelante solo las virtudes i los servicios hechos a la patria, marcarán entre nosotros esas diferencias, que antiguamente eran odiosas porque las decretaba la tiranía i las perpetuaba la avaricia. ¡ACEVEDO! Nos ayudaste a ser libres i nosotros te ayudaremos a ser inmortal, colocándo tu nombre entre los nombres queridos de Restrepo, Azuero i los demas benefactores de la humanidad.*

ACEVEDO fué nombrado por el Jefe del Estado, Ajente confidencial cerca de la Santa Sede; pero antes de verificar su viaje hizo a su familia mil servicios importantes i dedicó su infatigable zelo al arreglo de los intereses de sus hermanos. La gratitud i amor de esta familia a quien siempre protejió i auxilió con sus consejos, dinero i valimiento, atestiguan mejor que nuestros discursos lo que este hombre apreciable merecia.

Partió para Roma con su esposa el día 8 de julio. El pesar de dejar su patria i su familia, acibaró el placer que le causaba hacer un viaje que siempre habia deseado. Se detuvo poco en Inglaterra i Francia, en cuyas capitales visitó los mas notables monumentos de la grandeza i de la industria humana, i pasó luego a Italia donde debia ver el último sol que alumbró su preciosa i demasiado corta existencia. Las cartas que escribió a su familia durante su viaje, no manifiestan tanto la admiracion i las observaciones de un viajero, cuanto el amor de la patria i la familia por quienes diariamente suspiraba, i el pesar de encontrar por todas partes miseria i opresion. En Roma hizo muchas i tristes reflexiones i de lo que de allí escribió, manifiesta el pesar profundo que producía en su alma, el espectáculo de la miseria del pueblo, formando contraste con el lujo i suntuosidad de la Corte. Esta desigualdad en los destinos humanos, heria su alma republicana i amante de la justicia, presentando

a su imaginacion un cuadro tan funesto, que no pudo ménos de describirlo con toda la fuerza de su alma honrada i sensible. Pero no es aquí del caso insertar esta triste pintura.

Fué presentado oficialmente a S. S. el día 30 de noviembre de 1850, i fué recibido i tratado por el Soberano Pontífice i por el Cardenal Antonelli, con todas las consideraciones debidas a su destino i a su carácter personal.

Quiso hacer una corta excursion a Nápoles ántes de entregársele esclusivamente al desempeño de los deberes de su empleo, i en este paseo sufrió su salud un nuevo ataque, aunque se hubiese restablecido ya de sus dolencias crónicas con las acertadas prescripciones de un médico de Paris. A su regreso a Roma, se puso bajo la direccion de un médico del pais i casi inmediatamente se agravó, no de sus antiguos males, sinó de un desfallecimiento mortal que lo consumía instantaneamente sin causarle dolores. Consiguiente con sus principios de probidad i sus ideas favoritas, advirtió a su esposa que en su poder habia una cantidad recibida confidencialmente para manumision de esclavos i dió orden de entregarla. Se preparó para su último trance como buen cristiano, auxiliado i asistido por un religioso trinitario natural de España, llamado el Padre Diego i recibió con piedad, respeto i veneracion el Santo Sacramento el día 24 de febrero de 1851. Murio sin agonías ni dolores en los brazos de su tierna compañera, con la calma de un hombre de bien, pero con la amargura de dejar sola en un pais extranjero, a la sensible esposa que habia dulcificado con su amor i virtudes las amarguras domésticas que acibararon los últimos tres años de su vida. Su despojo mortal fué decorosamente sepultado en la iglesia de capuchinos, junto de la tumba de su ilustre tio el Sr. Ignacio Tejada, que habia fallecido algunos años ántes ocupando tambien un destino diplomático cerca de S. S. Quedó, pues, en una tierra estraña el granadino cuya pérdida lamentaremos siempre, pero su alma voló sin duda a los brazos de nuestro Padre comun i los bienes que hizo a su patria i a sus amigos, le sobreviven para atraer sobre su memoria, bendiciones sinceras i lágrimas de duelo, gratitud i amor.









